



Bartolucci, Mónica. "El negro encanto: violencia, muerte y política en las viñetas de *Tía Vicenta*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2020, vol. 9, n° 18, pp. 35-49.

El negro encanto: violencia, muerte y política en las viñetas de *Tía Vicenta*

The black charm: violence, death and politics in *Tía Vicenta* cartoons

Mónica Bartolucci¹

Recibido: 06/02/2020
Aceptado: 10/02/2020
Publicado: 10/03/2020

Resumen

En Argentina el problema de la violencia ha sido fundamentalmente abordado sobre todo en su relación con la política y desde diversas perspectivas, entre las que se destacan el contexto histórico, los procesos de modernización y la filiación con ideas revolucionarias. En el presente artículo, buscando nuevas perspectivas de análisis a partir de esa revista dirigida por Juan Carlos Colombres (Landrú), veremos el problema de la violencia social, la violencia política, e incluso el delito con la muerte como protagonista, como un dato natural de la realidad argentina, tomado en sorna, desafiando a través del humor y la dramaticidad de los hechos.

Palabras clave

Violencia política; pasado reciente; humor gráfico.

Abstract

In Argentina, the problema of violence has been adresseded, above all, in its relationship with politics and from various perspectives, among which the historical context, modernization processes, and the affiliation with revolutionary ideas. In this article, from that magazine directed by Juan Carlos Colombres, "Landrú", we will see the social and political violence, and even the crime and death, as a natural data of the argentine reality, taken in sneer, challenging through humor and the dramatic nature of the facts.

Keywords

Political violence; recent past; graphic humor.

¹ Profesora, Licenciada y Magíster en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata y Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Se desempeña como profesora adjunta en el Área Teórico Metodológica del Profesorado y la Licenciatura en Historia. Contacto: monicabartolucci@hotmail.com.



La década del sesenta ha sido identificada mayoritariamente como los años de la consagración cultural, la modernización de las costumbres en diferentes grupos sociales y como una época de cambio o revolución social (Sigal). Este período se presenta para los historiadores como un momento de quiebre y transformación moral y política cargado de signos culturales que lo definen. Durante esos años aparecieron en el horizonte cultural nuevos valores –que llegaron para quedarse– provocadores de un cambio en la dinámica de las instituciones. Este proceso de trascendencia internacional fue adaptándose en cada región y amalgamándose con las peculiaridades y realidades sociales y políticas de cada una de ellas (Hobsbawm). Si existió un ámbito privilegiado para ver estos cambios, este fue la ciudad. Allí es donde se vieron nítidamente las prácticas y las costumbres de la sociedad sesentista. Las mujeres encontraron mayor posibilidad de desarrollo laboral y de libertad sexual, los jóvenes mostraron su rebelde insatisfacción y sus compromisos políticos, las expectativas de ascenso social aumentaron y el consumo se exhibió en todas sus formas posibles. La Argentina vivió durante estos años la aparición de una cultura juvenil que fue masificándose hasta imponerse, a partir de los medios de comunicación que explotaron la potencialidad del joven como un objeto más de consumo. La industria cultural se desarrolló; el cine, la televisión y la música conquistaron este nuevo sector (Bartolucci).

Sin embargo, el período de modernización se descubre algo menos optimista, cuando “los sesenta” se revisan atendiendo a los cambios en los hábitos de la sociedad y a los crujiidos que esa modernización produjo en la estructura social (Andújar). En añadidura, desde unos años a esta parte también se caracterizó a la década a partir de una ascendente sensación de violencia social, enfrentamiento político derivado de la inestabilidad y las prohibiciones a las manifestaciones culturales del peronismo con un líder en el exilio y el inicio de una violencia asociada a las pasiones políticas, sobre todo protagonizados por los sectores universitarios y adolescentes de clases medias ilustradas.

En este artículo, se intentan comprender los comportamientos algo más desalentadores de una sociedad moderna desde una perspectiva inusual y, al mismo tiempo paradójico, el humor gráfico, observando un conjunto de viñetas y tiras de humor negro proveniente de *Tía Vicenta*. A partir de esa revista dirigida por Juan Carlos Colombres (Landrú), veremos el problema de la violencia social, la violencia política, e incluso el delito con la muerte como protagonista, como un dato natural de la realidad argentina, tomado en sorna, desafiando a través del humor y la dramaticidad de los hechos.

En Argentina el problema de la violencia ha sido fundamentalmente abordado sobre todo en su relación con la política y desde diversas perspectivas, entre las que se destacan el contexto histórico, los procesos de modernización y la filiación con ideas revolucionarias (Amaral y Plotkin). Además, poniendo el eje en el problema de la militancia o la lucha armada, la historiografía viene desarrollando un pormenorizado estudio del nutrido panorama de organizaciones guerrilleras que tuvieron a parte de la juventud como protagonista central (Carnovale). Aquí, intentamos aportar a la comprensión de esa naturalización de parte de la sociedad hacia la exaltación de la violencia manifestada de diferentes modos y de qué manera “lo cómico”, según el concepto de Bergson, cumplió bien la función de dirigirse a la inteligencia pura, pero a la vez, produjo una “anestesia momentánea del corazón” de una sociedad políticamente inestable como ya hemos sugerido en otros escritos; una sociedad tensionada por las manifestaciones de diferentes identidades políticas que oscilaron entre la modernización, la rebelión, el orden y la revolución, cruzadas por los discursos del peronismo ortodoxo, del antiperonismo y del proceso de peronización juvenil. Una sociedad tensionada en un contexto de acostumbramiento social hacia ella, dada la suma de noticias turbadoras como asesinatos, atracos o confusos episodios delictivos con trasfondos políticos. Esta vía de análisis mediante el humor gráfico amplía el concepto de violencia (Vaquero) representada y asumida incluso

cómicamente.² De modo que, desde un lugar algo inusual se analiza el conjunto de relaciones conflictivas que años después cristalizaron en una violencia política desembosada.

La juventud ¿un presente negro?

En abril de 1963, *Tía Vicenta* trata de modo irónico un tema instalado como una discusión social: la de la exagerada comprensión hacia las exaltadas conductas juveniles que se promovía desde diferentes campos como el de la educación o la psicología. La burla como contracara de esos discursos se tradujo en una nota titulada el “Manual del perfecto degeneradito” firmada por Pericles, seudónimo de Julio Gil, uno de los autores de ese típico humor amargo que junto a otros como Manuel Gurrea (alias Magume) o Angel Aboy, que firmaba como Drácula, desarrollaban un humor negro y esperpéntico cargado de graciosas muerte gratuitas (Broccoli y Trillo) (Fig.1).



Ilustración 1: *Tía Vicenta*, 1963.

El título de impacto y la categoría de niños degenerados, “degeneraditos” se inspiraba en la extendida idea del “manual”, es decir de aquellos libros publicados en la década del sesenta, pletóricos de consejos para los adultos, con el fin de promover una niñez y juventud feliz. Solo que en la mirada de Pericles, el autor, la modernización típica del período se traduce en una versión negra o pesimista en la convicción de que la permisividad adulta era responsable de los desmanes y tropelías juveniles. De este modo vemos cómo desde la representación irónica, *Tía Vicenta* se hacía cargo de un tema que fue una preocupación social, moral y también legislativa. El encabezado de la tira cómica da un mensaje sin rodeos respecto de los nuevos adolescentes diciendo que: si, treinta o cuarenta años atrás “ser un degenerado era una cosa fácil: bastaba con estrangular a un par de octogenarios” para coincidir en que era un “primor de degenerado”, “los degenerados de este último cuarto de hora del mundo escriben poesía moderna, se inyectan ácido lisérgico, se dedican a la política, o comen panceta ahumada con

² Llama la atención la perdurabilidad de la relación entre la sangre política y el humor popular. En el diario *El grito argentino* publicado por exiliados del rosismo como Valentín Alsina, Juan Bautista Alberdi y otros, una viñeta muestra a Rosas con un par de personas que le vacían una bolsa de orejas de perros, mientras que se da el siguiente diálogo: “No seas bruto Juan Manuel, ¿no te aburre tanta sangre?”. A lo que Rosas responde “Son pocas comisario. Quiero más sangre aunque sea de perro” (Dell’ Acqua 32). Sobre humor gráfico y violencia política véase Carassai, 2013.

jalea de frutilla si viniera al caso” (*Tía Vicenta*, n.º 243, abril de 1963). Las imágenes que acompañan el texto dan cuenta de la contradicción entre los términos planteados, es decir niños pequeños, inocentes bebés llorando, aunque capaces, según el chiste de cualquier tropelía.

La alusión a los degeneraditos advertía, en otro registro, sobre una realidad innegable de la época: la de una nueva delincuencia de clases medias que se superponía a otras más conocidas, que generó una sensación de amenaza concreta para la sociedad desde finales de los cincuenta en adelante en la Argentina (Caimari). El cambio en las costumbres y la inmoralidad de jóvenes de todas las capas sociales estaba en debate en todos los medios públicos. La inquietud por “la subversión de los valores” era una constante preocupación como quedó reflejada en el documento final del “Primer Festival de la Infancia de Necochea” cerrado con diecinueve recomendaciones para velar por el proceso formativo de los niños y adolescentes que de no ser corregidos formarían “seres antisociales y desubicados”.³ Sumándoles un aire de sensacionalismo impulsado por el temor frente a la novedad, un diario editorializaba que la delincuencia había cambiado:

La crónica policial nos advierte diariamente de un problema que está cobrando grandes dimensiones. Se trata del delito en el que intervienen no ya muchachos jóvenes sino hasta niños [...] lo importante es comenzar una intensa campaña de recuperación moral porque lo que ocurre en nuestro país es que se han desenfrenado los instintos y las ambiciones bajas y –por ende– están doblegadas las buenas costumbres. (*La Capital*, 28 octubre de 1958)

Eran muchas las notas de opinión, estudios que presumían de sociológicos y anuncios de charlas, conferencias y reproducciones de notas internacionales sobre los peligros que entrañaba la sola condición de ser joven, sobre el libertinaje creciente de sus actos, sobre su inesperada afición por la delincuencia y sobre la necesidad urgente de reprimir mediante el ejemplo familiar esas nuevas conductas viciosas.

En realidad, los puntos de mofa de “Pericles”, el autor de la nota, se anclaban en preocupaciones genuinas de la psicología sesentista que, a través de manuales de instrucciones muy detallados para padres atentos, pretendían resguardar y garantizar la mejor educación, el entretenimiento, la vocación, la alimentación y el futuro de los niños, en el ámbito de la comprensión de los caracteres y los avances del psicoanálisis. Desde la óptica psicológica consumida a través de la literatura masiva, la clave del problema era la incompreensión en la que los muchachos estaban insertos, no como una confabulación del niño/adolescente sino por una modificación etaria que se manifestaba entre los trece y los dieciocho años. En uno de esos manuales, la mala conducta dentro del ámbito familiar al volver de la escuela, por ejemplo, era justificada pues “el chico se encuentra sojuzgado por varias horas por un maestro dominador, ansioso de buen concepto frente a la superioridad”. De manera que, al llegar a la casa, no hacía más que “aliviar sus tensiones y recuperar el equilibrio psicológico” (Giberti). Este enfrentamiento intergeneracional solo podía resolverse, según los especialistas, colectivamente y entre pares. Esa era la razón de aislamientos y nuevas amistades (Giberti). De manera que la posibilidad de unirse según gustos o pareceres fue generando “barritas” de amigos, capaces de promover un clima propio, ajeno y enfrentado a los valores del grupo familiar. Reconocidas como una novedad de la época, las barras eran descritas como “grupos de adolescentes” que se burlaban de todo, “resistentes a los formulismos burgueses”, desenfadados en el vocabulario, haciendo gala de “peinados extravagantes, gestos copiados, gritos en el hablar e impertinencia en el vivir” que, aunque llamaban la atención de los mayores, se justificaban teóricamente desde

³ “Declaración de Necochea”. *La Capital*, 18 de enero de 1962.

la psicología. Los muchachos tendían a homogeneizarse y a buscar afinidades comunes o, en todo caso, a emularse entre unos y otros con el fin de una búsqueda personal. Como una comunidad, las barritas podían tener diferentes espacios de sociabilidad. La escuela, el bar, la iglesia, el barrio o simplemente la casa de uno de los integrantes servían de refugio inaccesible para la autoridad adulta y centro de “amistades duraderas, a veces valiosas”.

La mayor incógnita de los hijos adolescentes en pleno proceso formativo se planteaba en los sectores sociales de clase media y clase media alta, ilustrados e informados, consumidores de una literatura en forma de instructivos producidos por especialistas en el tema. Para ese tipo de público Felix Laiño, secretario de *La Razón*, editó en forma de entregas semanales una serie de artículos de la psicóloga Eva Giberti. Como corolario, en 1961 se editó una obra titulada “Escuela para padres” que resumía las instrucciones que habían sido publicadas en diferentes revistas de la época (*Nuestros hijos, Claudia, Vosotras, Histonium*). En el caso de *Tía Vicenta*, no hizo más que realizar un juego de espejos con los manuales serios que aconsejaban promover la libertad, el amor y la comunicación para que los hijos fueran “felices, libres, creadores, alejados de los hombres de masas”, distanciarlos de una infancia desdichada creadora de rebeldía, que para reafirmar sus dichos eran acompañados de simples y gráciles dibujos instructivos y aliviadores para los lectores.⁴



Ilustración 2: imágenes ilustrativas de Eva Giberti, *Escuela para Padres*, Editorial Campano, 1965, p. 17.

En clara contraposición, Pericles proponía seguir las instrucciones del distinguido vicioso francés Rene de la *Cucheflette* que recomendaba “cuchichear varias veces por día al oído del cándido infante” para sugerirle una serie de transgresiones tales como “matar al gato de la vecina, recibir veneno de regalo para el cumpleaños o elegir para ese día una granada de mano” (*Tía Vicenta*, n.º 243, abril de 1963).

Los hijos explosivos

La idea de granada de mano como regalo o el consejo de “nada mejor que iniciarlo tempranamente en la ciencia política” tampoco era una elección temática azarosa. Respondía al nacimiento de un conjunto de prácticas en las que la violencia política surgió como nuevo dato

⁴ Es interesante hacer aquí una mención a la relación entre revistas masivas y cultura visual con fines didácticos. Aunque para otro período, es sugestivo el trabajo de Hollman y Lois.

de la realidad social. Los adolescentes y sus conductas exaltadas fueron permanentemente monitoreadas por una sociedad que para algunos parecía no comprender y otros se esforzaban por hacerlo. Es cierto que los jóvenes unidos en “barritas” típicas de adolescentes podían convertirse en conjuntos de amigos sospechosos y también los universitarios sorprendieron con el armado de “bandas” con fines delictivos. La prensa, el cine y los medios de comunicación en general anunciaron estas modalidades y dieron cuenta de lo que consideraban una distorsión. Muchachos que se entrenaban en el robo y hasta manipulaban armas, como un símbolo de poder o por mera diversión. En 1961, se reflejaba exagerando que “la frecuencia de hechos criminales en que intervienen menores, la existencia de bandas formadas por adolescentes, los niños terribles e irresponsables que operan contra las personas y bienes con la audacia de delincuentes avezados” (*La Capital*, diciembre 1961). Así también, la inquietud central era ver los modos de represión adecuados para “encauzar las huestes” y sentenciaba que “la patota resabio de barbarie debía ser extirpada”.

Nuevos grupos juveniles provenientes de diferentes facciones políticas nacionalistas o de izquierda y en un estado de transformación hacia la peronización se desarrollaron en el marco de una sociedad tensionada por diferentes identidades culturales que oscilaron entre la modernización y el orden, la rebelión y el impulso hacia la revolución, como así también el anhelo de reparación peronista y el fanatismo antiperonista. Los jóvenes que llevaban los límites más allá de lo permitido formaban bandas para diferentes objetivos, entre ellos los políticos. En este caso las acciones iban de la mano de un grado de violencia que, en 1963, era llamativo.

El tema de la violencia asociada a las prácticas políticas juveniles estaba instalado al punto de ser tratado también desde el humor cáustico y el símbolo más evidente del delito político juvenil era, hasta la mitad de la década del sesenta, tributaria al grupo Tacuara, al que se los denunciaba como los responsables de los mayores disturbios. Jóvenes de raras mezclas ideológicas: falangistas, nacionalistas, revisionistas, antiliberales y corporativistas con pretensiones de guiar un proceso revolucionario, pero sobre todo fanáticos, los miembros de Tacuara fueron creciendo en pueblos y ciudades del país (Goebel 356-377). En ese sentido, *Tía Vicenta* ideó un cupón ficticio de afiliación a Tacuara donde para ser aceptado no se realizaba el típico ritual entre amigos que hacían en realidad, sino que debían responder un cuestionario descarnado. En el mismo, además de pedir nombre y apellido, se hacía una serie de preguntas para autorizar la afiliación del tenor de “¿Ha intervenido en algún asalto? ¿Cuántos vigilantes mató? ¿Ha colocado bombas? ¿Cuántas Molotov puede fabricar en un día? ¿A quién fusilaría primero?”. El irónico cuestionario da cuenta también del viraje ideológico que cursó la organización Tacuara cuando pregunta “¿A qué tendencia pertenece, al ultra derechismo o al ultra izquierdismo?” “¿A quién odia más a Rusia o a los Estados Unidos?”. La última pregunta se hacía eco del sector social del que se hablaba al interrogar “¿Ha visto alguna vez a un obrero?” (*Tía Vicenta*. 22 de abril de 1963, n.º 243; 13 de mayo de 1963, n.º 246; mayo de 1964, n.º 281).

El humor era la puesta en escena en forma de comicidad de un tema que se imponía en la vida pública de los pueblos y ciudades del país. Ejemplo de ello es que el grupo nacionalista Tacuara en Mar del Plata se hizo notar desde sus bautismos durante las luchas callejeras, en 1958, por la defensa de la educación laica o libre en adelante. La confrontación de los testimonios personales con la prensa local y registros policiales permiten reconstruir varios hechos de violencia amparados por su fanatismo nacionalista en combinación con una convicción peronista en ascenso.

La ironía de la revista *Tía Vicenta*, en realidad, estaba en correlación con una serie de hechos nacionales que conmocionaron a la sociedad a través de las noticias. Unos días después de la asunción del presidente Arturo Illia, la foto en el diario *Crónica* de una vitrina rota del Museo Histórico Nacional, tras el robo del sable corvo de San Martín a manos de un grupo de jóvenes en combinación con militantes peronistas y ex policías, generó desconcierto dentro del

partido, en la sociedad y en la policía bonaerense (Taruela 238-256). El 29 de agosto de 1963, se llevaban las cosas más lejos. El gran golpe fue realizado por los integrantes de un grupo que, aunque nacido desde Tacuara, fueron seducidos por las ideas de la Revolución Cubana (Lvovich). En otras revistas como *Panorama*, los lectores se enteraban que para fines de 1963 los Tacuara se contabilizaban por miles y que, además, eran los responsables de los atentados antisemitas ocurridos en los últimos cinco años.

En 1964, el Movimiento Nacionalista Tacuara Revolucionario (MNRT) había realizado más de cuarenta actos y sabotajes, robo de armas y colocación de explosivos. La más llamativa y violenta fue la llamada “Operación Rosaura”, un asalto al Policlínico Bancario donde José Luis Nell hirió a un agente a punto de jubilarse, tres empleados y mató a un ordenanza y al chofer de la camioneta. Ya no se luchaba contra la comunidad judía sino contra empresas internacionales como *Philips* o *Esso*, referentes económicos del “imperialismo yankee”.

Los jóvenes “platudos” con “dos apellidos” eran los más identificados con la violencia Tacuara. Sin embargo, para ese momento la composición social del movimiento comenzaba a cambiar. Los mismos protagonistas de la exorganización que defendía los valores del catolicismo primoriverista, del anticomunismo y con altas dosis de antisemitismo, recuerdan que en una segunda etapa se incluyeron jóvenes de origen barrial y de familias inmigrantes (Bardini). Sea de un sector social u otro, la sociedad se encontró desorientada por la aparición de violencias políticas nuevas. Sobre este pánico moral parecía operar la publicidad de típico humor negro que acostumbraba al lector a un aire represivo, al mismo tiempo que parecía criticarlo. La revista en una estrategia típica de travestización emulaba la publicidad de un insecticida marca *Rauch*, en alusión al ministro del interior, el cual era efectivo “para combatir comunistas, nacionalistas, izquierdistas, contrabandistas y tacuaristas”. Evidentemente la relación entre juventud, militancia y violencia generaba cierto descrédito y los nuevos grupos comenzaban a tener la desconfianza de buena parte de la sociedad de una clase media ilustrada que comprendía la humorada.⁵



Ilustración 3: *Tía Vicenta*, 1963.

Al analizar la imagen podríamos preguntarnos acerca de la complicidad del grupo lector que compartía la risa frente al acto cómico de utilizar un raticida para eliminar a la militancia

⁵ *Tía Vicenta*, 22 de abril de 1963, n.º 243, año VII; 13 de mayo de 1963, n.º 246, año VII; mayo de 1964, n.º 28, año VIII (edición mensual). Durante un breve período de 1963 está a cargo del Ministerio del Interior Enrique Rauch, militar del ala nacionalista.

naciente, como una “significación social” (Bergson) de la necesidad de represión de cuajo, tan propio del discurso anticomunista o antiperonista. La alusión a la venta en farmacias del polvo venenoso en el Ministerio del Interior y los descuentos especiales a los empleados de la SIDE dan cuenta del conocimiento común sobre los posibles excesos represivos del Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado) y de los organismos responsables.⁶

La violencia política *in crescendo* en la sociedad argentina a través de la formación de organizaciones de bandas juveniles nacionalistas y peronistas y sus respectivos represores es emulada en la publicación, a partir de un episodio imaginado entre dos tipos sociales ideados por Landrú. Una “carta de lectores” reproduce un acto de violencia social en la que los caqueros salen “a la caza de un mersa” con el fin de “poner en descubierto las tramas de la organización mersoides”. La persecución del mersa es realizada a cargo de la entidad “Bestias Peludas de la Parroquia de San Isidro” en modernos autos. Mientras algunos logran escapar en colectivo, uno de ellos es atrapado. El clima represivo de la época era naturalizado a través del chiste con las siguientes palabras: “al cierre de esta carta se encontraba la comisión de torturas interrogando al sujeto, y entre los chispazos de las picanas se pudo averiguar que se llamaba GREGORIO REBOLLO, manteniéndose en secreto otros detalles” (*Tía Vicenta*, n.º 298, marzo de 1965).

La represión policial o de los servicios de inteligencia argentinos era tomada en clave de humor a principios de los años sesenta, en el marco de una sociedad que confundía gracias a la prensa masiva a “nuevaoleros, barbones y terroristas”, sin discriminar claramente los distintos tipos de manifestaciones de violencia política y objetivos entre guerrillerismo y terrorismo (Ansaldi, Waldo y Giordano). El término terror ya no era otorgable a las acciones de viejos y melancólicos dirigentes peronistas de la resistencia sino atribuible a un nuevo grupo social, descrito como “estudiantes, hijos de profesionales, rentistas y empleados”, impulsados por “mezclas de resentimiento, inconformismo y rebeldía adolescente” (“Los ejércitos del terror”, *Panorama*, 1964). Basurto se reía de ellos, no los tomaba en serio, aun cuando los resultados de una de las primeras experiencias de una guerrilla de modelo cubano, en la selva salteña de Orán, hubiera tenido un final desafortunado como el fusilamiento entre compañeros de lucha por quebrarse físicamente o moralmente. Es interesante hacer notar que los textos cómicos hacían alusión a los nuevos personajes políticos del país, pero imbricados en un contexto de otros problemas como el de la existencia de “un millón de desocupados”, la porosidad de las fronteras y aduanas latinoamericanas para ingresar armas pero también contrabando de cigarrillos que los guerrilleros “traían en los bolsillos”, o la falta de vivienda en el país, que los guerrilleros subsanarían cuando instalaran en las distintas provincias una buena cantidad de “esos campamentos”. Los dibujos los reproducían como barbudos con la típica gorra de fajina de Fidel Castro, pero el autor manifiesta la excentricidad de la guerrilla “castro-comunista” cuando representa que, al encontrarse con la sociedad común de una señora que viaja en un auto o con las fuerzas de seguridad, estos los confundían con zorros grises o *boy scouts*, en obvia ridiculización del fenómeno (*Tía Vicenta*, n.º 280, abril de 1964).

⁶ A partir de 1958, Frondizi actuó “de acuerdo con los procedimientos habituales para combatir una insurrección interna conocidos como el Plan CONINTES” (Potash 403).



Ilustración 3: *Tía Vicenta*, 1964.

Un dato más que da cuenta del ambiente político cultural del período que rodea a esta viñeta es un chiste dentro del texto que manifiesta que “es cierto que se le encontraron volantes subversivos a los guerrilleros lo que también es bastante grave, y es cierto que pensaban derrocar al gobierno, lo que no es tan grave”, dando cuenta de la naturalización del golpe de Estado como método de recambio.

En abril del 1964, *Ácido Nítrico* señalaba qué hacer con la delincuencia, las violaciones y los crímenes nuevos de un país atemorizado. El autor, Norberto Firpo, era un escritor afecto a las novelas policiales y en esa clave puede comprenderse su producción humorística. Pregunta específicamente acerca de la pena de muerte y, en las respuestas inventadas a sus ficticios entrevistados, logra colar una serie de fundamentos repetidos en la vida nacional del presente en el que se escribe. Pirula encarna en el imaginario creado por el autor a una sociedad temerosa, a quienes promueven una muerte prolija, cuando le hace opinar que se debe liquidar al reo con una muerte “sana y limpia, con vistas a convertirlo en un cadáver útil para la sociedad”. La alusión a la “tía/tío Pirula” reedita la figura del hombre o mujer común, la voz de quienes se supone hablan el lenguaje del sentido común, sin mayor ideología que la del orden y el disciplinamiento social (*Tía Vicenta*, n.º 280, abril de 1964). Esta figura imaginada juega en tándem con otras producciones literarias de la época que critican a la clase media descomprometida e interesada solo por el interés personal (Altamirano 105-123). De tal modo, el humor gráfico evidencia la tipología de un discurso subordinado a otros discursos sociales transformándolos y volviendo a lanzarlos al ruedo de las representaciones sociales en forma de chistes (Levín). A otros entrevistados los induce a opinar positivamente respecto de la pena capital pero siempre que sea “una muerte nacional”.



Ilustración 4: *Tía Vicenta*, 1964.

Crónica de una violencia anunciada

El humor, una vez más al decir de Levín, desdobra las escenas reales e imaginarias. En las viñetas la recurrencia a los antagonismos políticos argentinos y las versiones fanáticas de la política y el problema del peronismo y el antiperonismo fue una constante en esas publicaciones. El caso de la tira cómica de la familia Cateura sirve como análisis de la representación hiperbólica de un peronismo violento y pleno de resentimiento social en sus acciones, y podríamos hipotetizar, en espejo de las posibles semejanzas emocionales de los lectores frente al problema de la proscripción política o la prohibición de la figura de Perón. El padre de la familia Cateura era un carnicero, peronista de clase media y representado como un hombre bestial. El carnicero era un fanático capaz de saltarle sobre el tímpano a su pobre hijo Felipito, a quien por solo mirar aviones por la ventana (pues le interesan solo los adelantos técnicos más que la política) es tratado de gorila y mariquita al grito de “¡Pobre Líder!, él sacrificándose en España por nuestra causa y tú perdiendo el tiempo!”. En la serie Cateura es constante el discurso que reafirmaba el divorcio entre la militancia comprometida por la vuelta del General Perón al país y la muchachada culta y universitaria, preocupada por otro tipo de cuestiones. Felipito miraba la tecnología, paseaba con sus amigos caqueros, lo que provocaba la permanente martirización de parte de su padre. Landrú identificaba cruelmente los personajes haciéndoles decir:

¿A quién corno le interesan los microorganismos bestia? Bramó el Señor Cateura, pegándole un espantoso puntapié en la base del cráneo. ¿Tú crees que mirando por el microscopio vas arreglar la situación espantosa del país? ¿Tú crees monstruo que estudiando los microorganismos vamos a hacer la revolución nacional? No y mil veces no. Mientras tú, mariquita te pasas mirando como un idiota una gotita de agua, los compañeros preparan un Plan de Lucha, el Supremo Manchado envía sus últimas instrucciones y yo pongo vidrio molido dentro de las morcillas que vendemos ¿qué haces tú degenerado por nuestra causa santa y noble? Dímelo antes que te desnude. Mucho microscopio, mucho microorganismo, muchos pantalones Oxford, mucha cumbia y nosotros los depuestistas que nos parta un rayo! (*Tía Vicenta*, n.º 241, abril de 1963).

Así, si el hijo es un muchacho fino y culto, el padre peronista es identificado, no con un sector sindicalizado, sino con un cuentapropista, carnicero, una profesión cercana a la sangre,

a la realidad del matarife que remite a la estrategia narrativa de identificar, como *El matadero* de Echeverría, a los autoritarismos personalistas con la sangre. Si era Rosas quien estaba en el medio de aquella novela, la redención de Perón como líder ausente era el centro de la preocupación de Cateura.

Las oposiciones entre los partidos políticos, la imposibilidad de la vía democrática y los enfrentamientos cruzados eran una referencia permanente en la revista. Las tensiones entre civiles y militares y las prácticas facciosas dentro de cada uno de estos sectores eran representados por Cerino, un autor cuyo humor tocó con anterioridad a los hechos un tema de extrema sensibilidad en el pasado reciente de la Argentina. Visto en perspectiva histórica y en virtud del destino de una posterior generación militante, resulta algo escalofriante el texto que acompaña una graciosa foto en la que un conjunto de hombres se apiñan entre sí:

Y al decir país- país, no me refiero a los pro y los contra, ni a los anti –pro, ni a los anti-contra, ni mucho menos a los anti-anti. Me refiero a los otros. Nos juntamos la última carta. Si con esto no funcionamos MORIREMOS TODOS JOVENES (SIC). Estúpidamente, Tupidamente. Pidamente. Damente y Mente. (*Tía Vicenta*, n.º 244, abril de 1963)

La idea de la muerte joven recuerda a Bergson, quien analizando el problema de la risa, opina que la conciencia normal y corriente de los hombres aporta una visión notablemente simplificada de la realidad, sin embargo el arte –y la filosofía– recompone merced a la intuición, una verdadera facultad cognoscitiva que no reside ni en el instinto ni en la inteligencia sino en la fusión de ambos. Mediante la intuición es posible trascender el terreno conceptual en el que se fundamentan las leyes de las relaciones entre las cosas para captar la verdadera naturaleza de la realidad.

Otra noción fundamental del pensamiento bergsoniano es la de que la vida se presenta como una evolución en el tiempo. También aquí la inteligencia yerra al fijar o descomponer el carácter fluido de la realidad mediante los conceptos; opera mecánicamente, y esto le lleva a confundir el tiempo con el espacio. De esta forma, ordena el tiempo rectilíneamente, distinguiendo con falsedad un pasado, un presente y un futuro. Para la realidad de la conciencia, en cambio, el tiempo es *duración*, algo que no es susceptible de reducirse al instante, pues es un flujo continuo, cuyos momentos, sucesivos, no pueden separarse. La duración, por tanto, solo puede ser captada, una vez más, mediante la intuición.

Es en un sentido bergsoniano en el que el humor y su producto social, la risa, operan como médium, como un canalizador de energías en el ambiente político, social y económico y como un mensaje anticipatorio de hechos posibles en el que el tiempo presente y futuro se confunden. Con ese background, analizamos dos casos de parte de la profusa producción intelectual de los autores de *Tía Vicenta* quienes contemporáneamente a los hechos, pero con un fino sentido intuitivo, se reían, pero sin duda al mismo tiempo alertaban cómicamente a una sociedad cuya violencia política iba *in crescendo*.

El acostumbramiento a los antagonismos a partir del chiste y la apelación constante a la muerte, el crimen o las reclusiones a cargo de diferentes facciones resulta además de paradójico, sobrecogedor, si tenemos en cuenta que en 1963, *Tía Vicenta* se ríe de lo que en 1970 tendrá un final trágico en dos personajes como el general Pedro Eugenio Aramburu y el sindicalista José Alonso, quienes por distintos motivos son personajes centrales de los humoristas. En 1963, siete años antes del asesinato real, la portada de *Tía Vicenta* anuncia una viñeta interna y muestra una bajada en el título entre signos de interrogación diciendo: “¡Horror! Aramburu fue ajusticiado en la silla eléctrica”. En el interior de ese número, los lectores disfrutaban de la tira del detective Cuculíu y su ayudante Watson quienes entablaban un diálogo respecto de un cadáver a quien identifican como un general frondicista y a su asesino, como conjetura

ridiculizada, a un general “gorila” con pretensiones presidenciales. Surge así el nombre del general Pedro Eugenio Aramburu quien ese mismo año era candidato por el partido UDELPA. En boca de Cuculiú y en la representación de Landrú y su público cómplice en el humor era “Aramburu que quiere aparentar no ser gorila, pero no puede disimular su origen” en obvia respuesta graciosa al espíritu del tipo de declaraciones y dichos del general golpista que en esos meses manifestaba Aramburu seriamente: “a nosotros (los de UDELPA) nos corresponde mezclar a sangre de los caídos en ambos lados, en el vaso de la concordia nacional” (Troncoso). Sin más, Cuculiú ordena la detención y lo sentenció inmediatamente: “Aramburu a la silla eléctrica”.



Ilustración 5: *Tía Vicenta*, 1963.

Pocos años después, en 1970, la organización política Montoneros se presentaba en sociedad con la ejecución del general Aramburu. Resulta interesante hacer mención aquí de las diferentes formas que asumieron esa naturalización del asesinato como práctica política. Del mismo modo sorprende el caso del sindicalista José Alonso con quien se arma una escena ficticia, en la que al volver de ver al líder en el exilio, lo detienen y lo introducen por la fuerza en un auto.

Landrú de manera irónica dice que “la primera vejación fue que la policía lo introduce en un auto sin chofer uniformado y lo conduce sin invitarlo a fumar ni una sola vez. José Alonso todo lo soporta con ejemplar entereza sin abandonar su sonrisa de luchador hecha a la adversidad”. El lector imagina así la imagen de una cara en primer plano del sujeto secuestrado. Años más tarde este cuadro cómico se concreta en una realidad nada hilarante. Tiempo después de esta ridiculización, un grupo revolucionario realiza una emboscada al auto de José Alonso, dirigente gremial del Vestido y creador de la “62 de pie junto a Perón”, y lo asesina. Cuatro años más tarde, en la revista militante *Causa Peronista* se publica el modo en el que la operación se llevó a cabo. Allí, uno de los partícipes hace un comentario que rememoran aquellos textos irónicos y desopilantes del pasado escritos en *Tía Vicenta*. Los protagonistas del asesinato relatan que “Mico (el chofer) que iba adelante, no se dio cuenta de nada. Alonso, en cambio, se la vio venir: puso la misma cara de espanto que Vandor”. La otrora ridiculizada sonrisa de Alonso convertida en cara de espanto o la aparición de la figura del chofer en ambos textos, no hacen necesario que acudamos a imágenes o recursos visuales para que imaginemos la relación anticipatoria del humor. Siguiendo aquí a Burucúa podría decirse que la explicación más abarcadora, el despliegue más rico, se produce con las palabras, desmintiendo la idea de la necesidad de mil imágenes para reemplazarlas.

En 1994, Halperin Donghi escribe *La larga agonía de la Argentina Peronista*. Allí opina que las autocríticas o las vistas del pasado revolucionario, miradas sobre todo “en la última y catastrófica etapa de la trayectoria de esos movimientos”, no logran explicar sus éxitos iniciales, ni la popularidad que por un momento llegaron a reunir. Descarnadamente el autor argumenta que el éxito de los movimientos insurreccionales se debiera medir más que en su capacidad de movilizar a las masas para la lucha final, en el acostumbramiento progresivo que induce a la opinión pública a admitir la inclusión del asesinato entre las prácticas políticas tenidas por aceptables. Remata su concepto haciendo comprensible la cultura política argentina mirada en términos de mediano plazo, cuando afirma: “Y este éxito no hubiese sido posible si –por razones sin duda distintas– distintos sectores de nuestras élites políticas no hubiesen estado dispuestos a reconocer algún grado de legitimidad a esas tácticas, no totalmente nuevas, pero hasta entonces nunca utilizadas para resolver dilemas centrales de la vida política” (58). Para el autor, el asesinato de Augusto Timoteo Vandor, primero, y el de Pedro Eugenio Aramburu después, revelaron una audacia que marcó un proceso que fue inexorablemente a la deriva. Es extraño y no menos sorprendente que esa audacia se haya ido filtrando también, a través de un discurso cómico, en la sociedad sesentista.

Obras citadas

- Altamirano, Carlos. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Ariel, 2012.
- _____ “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio.” *Prismas: revista de historia intelectual*, n.º 1, 1997, pp. 105-123.
- Amaral, Samuel y Plotkin, Mariano. *Perón del Exilio al Poder*. EDUNTREF, 2004.
- Andújar, Andrea, et al. *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Luxemburg, 2009.
- Ansaldi, Waldo y Giordano, Verónica (Coord.). *América Latina. Tiempos de violencia*. Ariel, 2014.
- Bardini, Roberto. *Tacuara: la pólvora y la sangre*. Océano, 2002.
- Bartolucci, Mónica. “Juventud rebelde y peronistas con camisa. El clima cultural de una nueva generación durante el gobierno de Onganía.” *Estudios Sociales*, año XVI, primer semestre, 2006.
- Bergson, Henri. *La risa*. Sarpe, 1984.
- Broccoli, Alberto y Trillo, Carlos. *El humor gráfico*. Centro Editor de América Latina, 1972.
- Burucúa, José Emilio. “La percepción estereotipada del otro es casi genética de la especie humana.” Reportaje *La Nación*, domingo 9 de octubre de 2014.
- Caimari, Lila. *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y en la Argentina, 1880-1955*. Siglo XXI, 2004.
- _____ *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*. Siglo XXI, 2012.
- Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia: una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Norma, 2005.
- Carassai, Sebastian. *Los años setenta de la gente común, la naturalización de la violencia*. Siglo XXI, 2013.
- Carnovale, Vera. *Los combatientes: historias del PRT-ERP*. Siglo XXI, 2011.
- Cataruzza, Alejandro. “El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta.” *Entre pasados*, Revista de Historia, año VI, n.º 13, 1997.
- Cosse, Isabella. *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Siglo XXI, 2010.
- Cosse, Isabella; et al. *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la*

- Argentina*. Prometeo, 2010.
- De Bernardi, Alberto. “El mito de la juventud e i miti dei giovani.” *Il secolo dei giovani. Le nuove generazioni e la storia del Novecento*, compilado por Paolo Sorcinelli y Angelo Varni, Donzelli, 2004.
- Degl’Innocenti, Maurizio. “Giovani e giovanilismo tra società e politica dalla fine dell’Ottocento alla seconda guerra mondiale.” *Il secolo dei giovani. Le nuove generazioni e la storia del Novecento*, compilado por Paolo Sorcinelli y Angelo Varni, Donzelli, 2004.
- De Riz, Liliana. *La Política en Suspense, 1966/1976*. Paidós, 2000.
- Dell’Acqua, Amadeo. *La caricatura política argentina, Antología*. EUDEBA, 1963.
- Dogliani, Patrizia. *Storia dei giovani*. Mondadori, 2003.
- Fowler, David. *Youth Culture in Modern Britain, (c. 1920-1970)*. Palgrave Macmillan, 2008.
- Galván, María Valeria. “Discursos de los organismos de inteligencia argentinos sobre el Movimiento Nacionalista Tacuara en el marco de la Primera Guerra Fría.” *Antiteses*, vol. 2, n.º 4, 2009.
- Giachetti, Diego. *Anni sessanta, comincia la danza. Giovani, capelloni, studenti ed estremisti negli anni della contestazione*. BFS, 2002.
- Giberti, Eva. *Escuela para padres*. Campano, 1965.
- Goebel, Michael. “A movement from right to left in Argentine nationalism? The alianza libertadora nacionalista and Tacuara as stages of militancy”. *Bulletin of Latin American Research*, vol. 26, n.º 3, 2007, pp. 356-377.
- Halperin Donghi, Tulio. *La larga agonía de la Argentina peronista*. Ariel, 1994.
- Hobsbawm, Eric. *Historia del Siglo XX*. Crítica, 1995.
- Hollman, Verónica y Carla Lois. “Imaginario geográfico y cultura visual peronista: las imágenes geográficas en la Revista Billiken (1945-1955).” *Geografía en Questao*, vol 4, n.º 2, 2011.
- James, Daniel (Dir.). *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1973)*. Sudamericana, 2003.
- Levín, Florencia. *Humor político en tiempos de represión*. Siglo XXI, 2013.
- Lvovich, Daniel. “La extrema derecha en la Argentina posperonista entre la sacristía y la revolución: el caso de Tacuara.” *Dialogos* [revista on line]. Universidad de Estadual de Maringá, vol. 13, n.º 1, 2009, pp. 45-61, <http://www.redalyc.org/pdf/3055/305526877003.pdf>.
- Manzano, Valeria. “Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta.” *Desarrollo Económico*, vol. 50, n.º 199, octubre-diciembre de 2010.
- Mira Delli Zotti, Guillermo. “Genealogía de la violencia en la Argentina de los setenta.” *Historia Actual Online*, vol. 20, 2009, pp. 49-59.
- Potash, Robert. *El ejército y la política en la Argentina. 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Sudamericana, 1986.
- Sarlo, Beatriz. *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino. Ariel, 2001.
- Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Punto Sur, 1991.
- Sorensen, Diana. *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties*. Stanford University Press, 2007.
- Spinelli, María Estela. *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955-1973)*. Sudamericana, 2013.
- Tarruella, Alejandro. *Historias secretas del peronismo: los capítulos olvidados del movimiento*. Sudamericana, 2007.
- Terán, Oscar. *Nuestros dorados años sesenta*. Punto Sur, 1991.
- Troncoso, Oscar. *Del desarrollismo al orden vertical*. CEAL, 1971.

- Vaquero, Carlos. "La violencia premeditada. Entre el horror, la banalidad y la purificación."
Página Abierta, n.º 201, 2009, pp. 58-67.
- Vezzetti, Hugo. *Sobre la violencia revolucionaria: memorias y olvidos*. Siglo XXI, 2009.

Fuentes

- "Los ejércitos del terror." *Panorama*, junio de 1964, pp. 30-35.